



Los horizontes del Papa Francisco

The horizons of Pope Francis

■ Gabriel Magalhães*

Resumen: Desde su sorpresiva elección hace dos años, Francisco ha iniciado, aunque sin alterar su enseñanza tradicional, un camino de reformas para el catolicismo e intenta ser más empático en su mensaje. También ha llevado el papado y el Vaticano a un nivel de relevancia política que no se veía desde de Juan Pablo II. Sin embargo, la mies aún es mucha y pocos los obreros.

Palabras clave: Papa Francisco I. Vaticano. Catolicismo.

Abstract: Since his surprise election two years ago, Pope Francis is launched Catholicism on a reform path, though without altering its traditional teaching, and he's tried to put a more empathetic face on its message. Mario Bergoglio also has restored the papacy and the Vatican to a level of political relevance not seen since John Paul II. However, the harvest still is plentiful but the workers are few.

Key words: Pope Francis. Vatican. Catholicism.

■ Cuando el día 13 de marzo de 2013 Jorge Mario Bergoglio se asomó al balcón central de la Basílica de San Pedro, la aparición de este hombre de las pampas en tan alto y subido escenario constituyó una mayúscula sorpresa. En los juegos de naipes periodísticos que preceden la elección de un nuevo pontífice se habían barajado varios nombres, algunos sonaban mucho, pero casi nada el de este jesuita que, desde la cima del poder espiritual católico, dedicaba al mundo su sonrisa traviesa de abuelo bueno.

El nombre elegido, Francisco, también sorprendía porque nadie, hasta hoy, se había atrevido a aunar la llaneza, las florecillas del santo de Asís con los faustos y las magnificencias papales. No obstante, lo más sorprendente de este pontificado es que, pasados ya dos años, Francisco no deja de seguir sorprendiéndonos. ¿Cómo explicar la figura del actual Santo Padre? A Bergoglio se le entiende mejor dialogándolo con los dos Papas anteriores, Juan Pablo II, «el atleta de Dios», y Benedicto XVI, alias Joseph Ratzinger, teólogo pianista.

Carol Wojtyła fue, como suele decir Enric Juliana, con teológico sentido del humor, una demostración de la genialidad geoestratégica del Espíritu Santo¹. En un momento

en el que todavía existía una cortina de acero, separando los paisajes de Europa y los horizontes del mundo en dos campos opuestos, este pontífice despuntó como una llave espiritual destinada a abrir el candado de esa situación.

Una llave polaca, que conocía bien los misterios de la cerradura del ámbito del poder soviético. Y una llave que poseía también una dura aleación metálica capaz de enfrentarse a todos los hielos de la guerra fría. Juan Pablo II fue, efectivamente, un Papa extraordinario: capaz de ayudar a tumbar un tiempo histórico y a erigir otro nuevo, que él consideraba más favorable a la expansión de las suavidades de la fe cristiana.

En Wojtyła, además de este sentido de misión histórica y espiritual, que él asumió plenamente, debemos destacar su energía viajera: el papamóvil era, por decirlo de una forma atrevida, su segunda piel. Por otra parte, tenemos que subrayar la sinceridad, la autenticidad de su fe que, para algunos, derivó en conservadurismo, pero que está en la base de su enfermedad final ofrecida al mundo como lección de penitencia.

De hecho, el «atleta de Dios», como lo apodaron, envejeció clavado en la cruz del Parkinson, que él interpretó como una vía de humildad después de todas las grandezas humanas que le había tocado vivir. El perfil de busto de emperador romano que Wojtyła poseía se resquebrajó, transformándose en una máscara de puro dolor generada por la enfermedad. El mundo asistió, perplejo, al calvario del Papa políticamente más activo y poderoso del siglo xx.

Muerto Juan Pablo II, el conclave se decidió por un tímido teólogo pianista, Joseph Ratzinger, que fue absolutamente sincero al afirmar que los señores cardenales habían elegido a un humilde trabajador de la viña del Señor². En efecto, hasta aquel momento, este cardenal bávaro era

básicamente un jardinero escrupuloso que limpiaba con sabiduría y devoción las malas yerbas doctrinales de los parterres teológicos de la fe católica. No estaba claro, ni para él mismo, que aquel hombre de manos suaves, acostumbradas a la pluma, al infolio, a las teclas de piano, tuviera virtudes de mando.

Además, su elección conllevaba una magna tarea: después de Juan Pablo II, el Papa que había derrotado el ateísmo soviético, Benedicto XVI debía reconquistar Europa. Nacido en Alemania, una de las vísceras más profundas y poderosas de nuestro continente, pulmón o, quizá, corazón de Europa, Benedicto XVI podría realizar, a partir de su raíz germánica, lo que Wojtyła hizo a partir de su cepa polaca.

A esa reconquista espiritual se le llamaba con mesura y diplomacia la «nueva evangelización». La impresionante estatura intelectual de Benedicto XVI parecía dotarlo con el armamento de argumentos necesario para convencer a un continente que, en general, siempre ha apreciado el debate de ideas. Pero Ratzinger se vio zambullido en el pantanal de los abusos sexuales, que no eran responsabilidad suya, sino un pecado atroz de algunos eclesiásticos. Estos casos lamentables salpicaron la blancura de su sotana.

Poco a poco, Ratzinger se fue refugiando detrás del biombo de sus libros, que siguió publicando con su nombre «civil» (no su designación papal) y que eran su verdadero destino. Obras magníficas, que revelan a un extraordinario escritor, capaz de transformar un asunto teológico en una sonata ensayística. Quiere el autor de este artículo confesar el inmenso placer que sintió al leer los tres libros sobre Jesús que Ratzinger publicó a lo largo del pontificado de ese otro que, para él, era Benedicto XVI³.

Como Jorge Luis Borges⁴, Ratzinger era él mismo y esa otra persona que habían hecho Papa. Pero, para ser el vicario de

* Profesor de Literatura de la Universidad de Beira Interior, Portugal.

Cristo, hay que asumir el cargo como un nuevo esqueleto existencial. Y hubo un momento en el que Benedicto XVI se dio cuenta de que era, no un Papa, sino el espectro de un pontífice. Fue en esa hora que, ejerciendo una de sus mayores virtudes, el rigor y la independencia a la hora de analizar un tema, Ratzinger se decidió por la resignación.

Un gesto grande, tan inspirado por el Espíritu Santo como lo fue su elección. Después de las palomas que lo hicieron pontífice, vinieron las lenguas de fuego que dijeron que había llegado la hora de otro Papa: Jorge Mario Bergoglio. A continuación, trazado este marco histórico, veremos algunas tendencias profundas del pontificado de Francisco y subrayaremos algunas idiosincrasias que marcan la personalidad de este Santo Padre.

En primer lugar, la llegada de un argentino al papado significa claramente que la Iglesia Católica se lanza al mundo y coloca entre paréntesis su ancla europea. En un hermosísimo artículo⁵, previo a la elección de Bergoglio, Antoni Puigverd abundaba en esta idea: «Y, sin embargo, la Iglesia, que es bimilenaria, todavía tiene camino por recorrer: americanizarse, africanizarse, orientalizarse. Sin cambiar casi nada, la Iglesia puede irse, con los cuatro ríos, hacia los continentes lejanos».

Los cuatro ríos son los que se personifican, a través de estatuas, en la fuente de la Piazza Navona, en Roma: una obra de Bernini. Y esos cuatro cursos fluviales —el Nilo, el Ganges, el Danubio y el Río de la Plata—, al transformarse en estatuas de una plaza romana, significaban que todo partía de Europa. Como efectivamente sucedió, en el momento del auge europeo: éramos la fuente de la civilización, el agua cultural que fertilizaba el planeta. Y esos ríos, como afirma proféticamente Puigverd, han empezado a irse. También Bergoglio

fue muy sincero, en ese balcón iniciático de las primeras proclamaciones papales, cuando dijo que los cardenales habían ido a buscarlo al fin del mundo⁶. Pero el fin del mundo geográfico del que habla Francisco es ahora, cada vez más, el principio del mundo católico. Lo que muere en Europa renace, por ejemplo, en Oriente. No es una casualidad que algunos de los más importantes viajes de este Sumo Pontífice se hayan hecho a Asia: Corea del Sur, Sri Lanka, Filipinas.

Sobre todo Filipinas. El fin del mundo floreció, en la visita de Francisco, a través de una impresionante misa que reunió a unos increíbles 6 millones de personas⁷. Ampliando la imagen de Puigverd, es como si la Plaza de San Pedro se hubiese trasplantado a Manila, al Parque Rizal, donde se alargó hasta aunar esa muchedumbre: quizá la mayor alguna vez reunida en la historia humana. La Iglesia puede estar en crisis en Occidente, pero en Asia disfruta de una nueva juventud y de inesperados horizontes.

En un mundo que cada vez más se reorganiza alrededor del Pacífico, la Iglesia también hace ese viaje. Y nosotros, los europeos, ya no somos la vanguardia de la espiritualidad cristiana, sino más bien una de las arqueologías del cristianismo. Casi una Pompeya de la fe. Tanto que algunos desearon este destino, considerándolo una liberación, un progreso. Pero, ahora que ha ocurrido, sentimos cenizas de tristeza en el alma.

No obstante, no se puede decir que el Papa Francisco desprecie a Europa. Recientemente, el 25 de noviembre de 2014, discursó en el Parlamento Europeo y en el Consejo de Europa. Fue una visita rápida, pero también amable y encantadora, como son todas las de Francisco. Sin embargo, la salida de la Iglesia de Europa es una tendencia que se ha instalado, que se refleja, por ejemplo, en la cartografía de los nuevos

cardenales⁸. Si Saramago supuso un día que la Península Ibérica se soltaba y bogaba por las aguas del Atlántico⁹, podemos imaginar que el Vaticano también se separa de Europa, deja a un lado la relación umbilical que tenía con nuestro continente, lanzándose hacia otros mares.

A esta innovación en la rosa de los vientos de los rumbos de la Iglesia, Francisco añade otro cambio importante: el catolicismo vuelve a ser una realidad popular. En la deriva eclesial, siempre ha existido alguna tensión entre una fe culta, sutil, intelectualizada, y un modo de creer directo, sencillo, espontáneo. Digamos que existen católicos sofisticados, para quienes su fe es también una filosofía, que se refleja en el arte y se repercute en las elegancias del trato personal, y católicos que reencarnan esos pobres a los cuales, en palabras de Jesús, se han revelado los misterios del reino (Mateo, 11:25-27).

El cristianismo fue quizá el primer momento histórico en el que los humillados y ofendidos de este mundo tuvieron conciencia de sí mismos: de que eran un grupo social. Y esta conciencia nació en el espejo mágico de las bienaventuranzas: «Felices los que tienen el espíritu del pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mateo, 5:3). En el pontificado de Benedicto XVI, la dimensión intelectual fue dominante: estuvimos ante uno de los Papas con mejor pluma, con manos más suaves para todas las arpas del arte y la cultura.

Con Francisco, regresamos al catolicismo del pueblo. Precisamente por eso Bergoglio habla del olor del rebaño¹⁰. El relente popular vuelve a dominar en el ámbito eclesial. Y es en esta línea que se integran las declaraciones dicharacheras de Jorge Mario: por ejemplo, cuando dice que los católicos no tienen por qué reproducirse como conejos¹¹ o cuando afirma que, si alguien insulta a su madre argentina, pro-

bablemente le pegará¹². Frases que saben a bar, a barrio, a conversación de calle. Y de eso se trata: de que el catolicismo salga a la calle de todo el mundo y se mezcle con todas las personas.

Para un admirador de Benedicto XVI —precisamente el caso de un servidor—, este aspecto del pontificado actual puede molestar un poco: pero, en realidad, se comprende rápido su adecuación al momento presente. Su propósito, por decirlo de alguna manera. La calle necesitaba un Papa que la acompañara en un momento en el que tantas vidas, tantos países son una gran avenida de muchos dramas. Además, siempre es útil recordar aquella extraordinaria Primera Carta de San Pablo a los Corintios:

«Considerad, si no, hermanos, vuestra vocación; porque no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que Dios escogió la necedad del mundo para confundir a los sabios, y Dios eligió la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; escogió Dios a lo vil, a lo despreciable del mundo, a lo que no es nada, para destruir lo que es, de manera que ningún mortal pueda gloriarse ante Dios»¹³.

Y este aspecto del carácter popular del pontificado de Francisco se relaciona con una tercera dimensión de su gobierno: la preocupación social. Para entender los rumbos de este Papa, debemos leer su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: se trata de un texto de una cristalina transparencia sobre los horizontes de su proyecto. Digamos que estamos ante un completísimo programa de gobierno, escrito con la pluma de agua clara de quien pretende, sencillamente, explicar los pasos de su futuro camino¹⁴.

Al tema social, en esta exhortación, Francisco dedica todo un capítulo, compuesto

Instantánea del Papa Francisco saludando de forma desenfadada en su visita a Corea del Sur en 2014 (Jeon Han, Korea.net)



por cuatro apartados: un total de 50 páginas de las 200 de nuestra edición de este documento. Y el Papa es muy claro en sus planteamientos: «Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos»¹⁵. Y el Santo Padre argentino va aún más lejos: «Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres»¹⁶.

Francisco llega de Sudamérica, una zona del mundo donde las injusticias sociales son una llaga que sangra. Quizá su origen geográfico represente uno de los motivos de esta bandera de exigencia de equidad que se ha enarbolado en el Vaticano. El resultado es muy curioso: en el actual mundo globalizado, marcado por la impronta brutal del poder del dinero, un dinero que circula por el planeta a la casi velocidad de la luz de la comunicación informática, en este presente donde el capital manda acaso más que nunca, la Iglesia es la única institución sólida que, sin ambages, le hace frente¹⁷. Porque todas las demás resistencias constituyen un difuso malestar bastante inorgánico, que intenta concretarse en flotantes movimientos políticos, todavía no consolidados. Y la inmensa mayoría de los grandes organismos sociales, incluso las naciones, y en particular los países europeos, intenta adaptarse a lo que hay, sin reflexionar sobre lo que debería haber.

Y pasemos ahora a las idiosincrasias de Francisco, que se articulan con las líneas de acción de su pontificado. En primer lugar, Bergoglio es un gran político: un dato que suele pasar inadvertido. De hecho, los comentaristas subrayan la dimensión afectuosa de su gobierno, marcado por una viva radicalidad evangélica, algo que es cierto, pero casi siempre se les olvida que estamos ante un excelente estadista:

alguien tan involucrado en la política como Juan Pablo II. Un líder de masas, capaz de encandilar multitudes, y con ganas de trabajar bien todos los hilos diplomáticos de que dispone el Vaticano.

Si a alguien le cabe alguna duda, la exhortación apostólica mencionada es clarísima. Nos permitiremos aquí una cita más larga de este texto:

«¡Pido a Dios que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo! La política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común. [...] ¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres!»¹⁸.

No obstante, esta dimensión política de la acción religiosa siempre ha sido, para el cristianismo, un problema. Lo es desde que Jesús rehusó ser un Mesías, un líder libertador de los judíos, algo que consignó a través de la célebre frase: «Mi reino no es de este mundo»¹⁹. Por ello, conviene citar un poco más a Francisco, para que se aclare en qué medida sus líneas de acción contradicen o no esta máxima evangélica. Afirma el Papa: «Es imperioso que los gobernantes y los poderes financieros levanten la mirada y amplíen sus perspectivas, que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos. ¿Y por qué no acudir a Dios para que inspire sus planes? Estoy convencido de que a partir de una apertura a la trascendencia podría formarse una nueva mentalidad política y económica que ayudaría a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social»²⁰.

Se trata, pues, no de una «política política», sino de una política inspirada, de una

política que busca sus fuentes en la vivencia de la espiritualidad. Algo que Bergoglio escenificó de manera ejemplar cuando, en el Vaticano, rezó por la paz en conjunto con Shimon Peres y Mahmoud Abbas²¹. Fue, por decirlo de alguna manera, el estreno mundial de este proyecto pontificio. Un estreno que también reveló todos los problemas que esta línea conlleva: en las semanas siguientes, la violencia se incrementó en los territorios palestinos²².

Pero estamos, claramente, ante una certeza profunda de Francisco, asentada en una radical buena fe: cuando el Presidente Barack Obama visitó la Santa Sede, Bergoglio le regaló un ejemplar de *Evangelii Gaudium*, lo que constituyó claramente un guiño para que el líder norteamericano se integrara en esta «nueva mentalidad política»²³. Y ahí está el resultado, algún tiempo después: una mayor apertura entre Cuba y Estados Unidos, algo que parece conectarse con los buenos oficios de la diplomacia vaticana²⁴.

Es en este aspecto político de su gobierno donde más se le nota a Francisco su formación como jesuita: la segunda de sus idiosincrasias que, en este texto, queremos subrayar. En realidad, los seguidores de San Ignacio suelen apreciar mucho el efecto colectivo de su misión religiosa. Crearon, como sabemos, comunidades humanas utópicas en Sudamérica. Siempre les ha interesado que la fe tuviera un eco social. No queríamos, no obstante, que se nos interpretara mal; en su acción política,

Francisco no resucita la leyenda negra de la Compañía de Jesús: un grupo de sotanas trabajando maquiavélicamente su presencia en los palacios de los poderosos. Nada de eso. Al contrario, en los varios frentes políticos que Bergoglio ha abierto, lo que domina es la búsqueda de la paz y el combate a la pobreza. El Papa se integra, pues, en el grupo de los bienaventurados que luchan por el fin de las guerras y por la justicia.

Y aquí llega la hora de mencionar una tercera característica: además de político y de jesuita, Francisco es extremadamente valiente. Esa valentía, que a veces llega a los umbrales del quijotismo, se revela en detalles, como el del abandono de la fortaleza volante del papamóvil. Un vehículo que nos recordaba, desde los tiempos de Juan Pablo II, todas las amenazas virtuales que flotaban sobre el Santo Padre.

No obstante, al mismo tiempo, este carruaje blanco blindado configura una cápsula, y nada más contrario a Francisco que las armaduras del aislamiento humano. El rechazo del papamóvil fue, para el nuevo pontífice, un gesto que se integra perfectamente en su actitud vital. Alguien que aprecia tanto el contacto humano, alguien que se siente llamado al abrazo, no podía aceptar de ningún modo aquella caja de caudales automovilística.

No obstante, esta valentía que referimos va mucho más allá: es, por decirlo de alguna manera, estructural en el pontificado de Francisco. Fue ella la que lo impulsó,



Escudo del Papa Francisco en el que se aprecia, en el centro, el emblema de la Compañía de Jesús (IHS); en la base, una estrella que representa a la Virgen, y una flor de nardo que simboliza, en la tradición iconográfica hispana, a San José; y, debajo, su lema *Miserando atque eligendo* («Amándolo lo eligió») tomado de las homilias de San Beda el Venerable (672-735) (SajoR)

desde el inicio mismo de su gobierno, a desafiar todo el teatro de sombras de la célebre Curia vaticana. Fue ella también la que lo empujó a visitar un país musulmán, como Turquía, donde un Papa siempre será un forastero y casi un entrometido. En esta misma línea intrépida, el Papa quiso viajar a Irak, introduciéndose, como paloma blanca de la paz, en un dilacerado escenario de varias guerras²⁵. Finalmente ese periplo no se ha realizado todavía: Francisco parece ser, pues, como un Quijote que escucha a Sancho Panza y también al cura y al barbero. De ahí que su extremo coraje, hasta este momento, se haya mantenido dentro de las fronteras del valor, sin lanzarse en los abismos de la pura temeridad.

Y a estos varios rasgos que estamos indicando —talento político, enfoque jesuítico, valentía— habría que añadir una característica fundamental: la autenticidad. Examínense sus zapatos humildes de obrero, de jubilado pobre, que son el auto-retrato del ascetismo franciscano de Bergoglio²⁶. Y esa sinceridad papal se revela en una cantidad de gestos que han creado una gran empatía con el mundo.

Entre ellos, uno de los más impresionantes es el hecho de vivir en la residencia de Santa Marta, y no en ese castillo de Walt Disney de la espiritualidad que son los aposentos oficiales del Vaticano. De nuevo, Francisco sorteó una cápsula, en este caso no de tipo automovilístico, sino habitacional. Residir en Santa Marta subraya su deseo auténtico de estar con la gente: algo que se revela en las cartas que escribe, en las llamadas que hace, y que van llegando a todas partes de un modo más o menos inesperado.

Recientemente una pintora portuguesa, sumida en la amargura que le provocaba una gran desorientación existencial, le escribió una de esas cartas cuya puntuación son nuestras lágrimas. La artista en causa

cultivaba un ateísmo que, desesperado de sí mismo, se dirigió al Sumo Pontífice. Francisco le contestó, invitándola a bautizarse en el Vaticano, en la Semana Santa de 2015, en una ceremonia colectiva. Ella aceptó, con gran alegría, y fue el propio Bergoglio el celebrante de este acto²⁷.

La autenticidad se traduce, también, en una llaneza que, a veces, nos deja los pelos de punta. Francisco no es un Papa esposado por la infalibilidad de sus declaraciones. Se trata de una persona que, con frecuencia, pierde voluntariamente los papeles para arriesgar otra cosa. La lista de las espontaneidades de Francisco es muy curiosa e incluye frases como las ya citadas de los conejos o del puñetazo. Puede que estas declaraciones hayan sentado mal en algunos sectores del catolicismo más conservador, y es también probable que hayan sorprendido a los católicos de a pie, pero la verdad es que comunican profundamente con el hombre contemporáneo.

Sobre todo sitúan al Papa en ese ámbito de lo popular que, como hemos visto, es uno de los rumbos esenciales de su pontificado. Y aquí tendremos que añadir el último rasgo personal suyo que querríamos destacar: el encanto personal. Una capacidad de seducción de raíz argentina que ha encandilado al planeta entero. Resulta aleccionador verlo dejando a un lado el discurso oficial, tachándolo de aburrido, y lanzarse a continuación en una improvisación hechicera que deja a las personas sonriendo engatusadas.

Los últimos cinco Papas —no contando aquí con ese *intermezzo* misterioso que constituyó el pontificado de Juan Pablo I—, fueron o son personas extraordinarias: dejaron un sello en su época, pero también surgen ante nosotros como individuos con una historia personal apasionante. Es posible, por consiguiente, leer en sus pontificados el sentido político y espiritual que

tienen, pero también la aventura íntima, el caso humano de cada uno de ellos. Juan XXIII, el Papa bueno, representó la llegada a la silla de San Pedro de un hombre angelical, con gestos de palomas pentecostales.

De Pablo VI destacaría su prodigiosa inteligencia. De él, hemos sabido recientemente una encantadora anécdota, que nos da una clara idea de la talla del personaje. En los años 60, cuando Salazar, el dictador portugués, llevaba ya décadas en el poder, Montini visitó Fátima, en un momento en el que las relaciones entre Portugal y el Vaticano pasaban por un pésimo momento. Salazar no perdonaba al Sumo Pontífice que hubiese hecho una visita oficial a la India, el país que había invadido las posesiones coloniales lusitanas de Goa, Damão y Diu en 1961. Consideraba eso una horrorosa traición a un país católico de toda la vida, para hacerle un favor a una nación de hindúes y musulmanes.

Cuando Montini se reunió con Salazar, se estaba ante uno de estos encuentros marcados por la tensión diplomática, en que los saludos echan chispas. Pero el Papa iba dispuesto a meterse al dictador en un bolsillo. Y lo consiguió. Salazar, que apreciaba la inteligencia de los demás, salió muy agrado de la reunión. Comentó a sus íntimos: «he tratado al Papa por “su santidad”. ¿Sabéis cómo me ha tratado él a mí? “Su eternidad”»²⁸. En un momento en el que Salazar estaba en el poder hace casi cuarenta años, este «su eternidad» de Montini contiene una sal de ironía realmente deliciosa.

Juan Pablo II es el caso humano tal vez más interesante. El autor de este artículo guarda memorias difusas de Montini y ningún recuerdo de Juan XXIII. Pero la era del Papa polaco la conserva, vivísima, en su memoria, desde el célebre «¡No tengáis miedo!»²⁹. Lo impresionante, en su largo pontificado, fue ver como la historia po-

lítica de un gobierno se veía interceptada por el recorrido personal de un hombre que reveló al mundo su fuerza, para después confesar al planeta su fragilidad.

En el proceso de canonización de Juan Pablo II se cuenta que el Papa se flagelaba³⁰, algo que ha extrañado a muchos. Pero la verdad es que todo indica que Wojtyła le tenía algún apego al mando, que ejercía con gusto y potencia personal. Quizá por ello se castigaba, en un gesto difícil de entender para una mente contemporánea, pero perfectamente comprensible en el marco de la historia del catolicismo. Creemos que fue también esta conciencia de sus pecados de hombre público que lo llevó a asumir su enfermedad como una prueba por la que debía pasar para que ocurriera la catarsis de sus faltas.

En el caso de Benedicto XVI estamos ante un pontífice que podría ser clasificado con un título que suena a película de Hitchcock: *El Papa que no sabía si debía serlo*. Esta duda lo acompañó desde antes de su elección —se sabe que intentó jubilarse, algo que Juan Pablo II no permitió, encarrilándolo implacablemente para la sucesión³¹— hasta su renuncia.

Esta intensidad humana también surge en Bergoglio: el Papa argentino es un amasijo conmovedor de enormes virtudes, entre las cuales se cuentan la autenticidad, la valentía extrema, el encanto espontáneo y la genialidad política, pero también defectos, que quizá se puedan definir como las hiperboles de estas cualidades: el quijotismo, la metedura de pata y a veces una habilidad política demasiado acrobática. El destino de la Iglesia se juega en cada papado, pero también está en juego el alma de un hombre, el sentido de la vida de una persona, que es el Papa.

Cuando le comunicaron su elección, Bergoglio dijo que los señores cardenales habían elegido a un gran pecador³². Después,



Francisco, un Papa poco dado al protocolo, aparece montado en un sencillo utilitario KIA en su visita a Corea del Sur en 2014 (Jeon Han, Korea.net)

en su primera alocución, pidió que rezaran por él³³. En efecto, precisamente porque reconoce sus debilidades y el intrincado laberinto de los problemas del mundo, este es un pontífice que está dando a los católicos una intensa vida de oración. Pide, sinceramente, que recen por él o por otras causas.

El destino personal de Bergoglio —que puede incluso desembocar, atendiendo al perfil de este hombre, en las palmas del martirio— no es la única curiosidad que despiertan los horizontes de este pontificado. Hay dos temas muy importantes, que también suscitan algunas dudas. Digamos que son manos particularmente complicadas de la baraja de naipes espirituales con que el Vaticano, de un modo u otro, siempre tiene que jugar.

En primer lugar, surge ante nosotros la cuestión ingente de la reforma de la Curia, que se siente en el mundo de los creyentes católicos como la extirpación de un tumor

maligno: efectivamente, sobre la cúpula de San Pedro, flota la sombra de las novelas de Dan Brown que, de algún modo, tiene su origen en los míticos anillos con veneno del tiempo de los Borgias. Un veneno que, de acuerdo con algunas leyendas contemporáneas, desembocó finalmente en una suave taza de té ofrecida a Juan Pablo I.

En realidad, la reforma de la Curia no es sólo un restaura que coloree estos lienzos de la fase negra de la vida vaticana. Se trata, sobre todo, de lograr que el mundo católico controle a Roma, acabando con lo contrario: que las estructuras romanas pesen como una losa sobre la vida de la Iglesia. Por consiguiente, la mundialización del catolicismo, su salida de Europa, como vimos antes, se articula con esta simplificación curial. No obstante, en el momento presente, no sabemos todavía si el Francisco administrador y reformista tendrá éxito en su lucha contra las intrincadas jerarquías del estado vaticano.

Tampoco sabemos cómo terminarán los retos teológicos propios de este pontificado y que se concretan sobre todo en el célebre sínodo dedicado a la familia. El tema del lugar de la mujer en la Iglesia, la cuestión de la indisolubilidad del matrimonio y su relación con la comunión, el modo de actuar ante el ingente colectivo de gays y lesbianas, todo eso son arenas movedizas doctrinales, en las cuales Francisco se adentra, con prudencia. Se ha ido, se está yendo paso a paso para no perderse en el laberinto moral que estos temas conllevan.

Lo cierto es que Bergoglio se ha revelado capaz de corregir su rumbo y no sería baladí afirmar que su pontificado tiene dos fases. En un primer momento, Francisco se transformó en una *pop star*: su estilo abierto, espontáneo, el encanto que antes mencionamos, todo eso lo transformó en un ícono que había irrumpido en el flujo contemporáneo de imágenes. Cuando alguien realizó una pintada en Roma que lo representaba travestido de Superman³⁴, se hizo evidente el peligro de que el Papa se transformara en una *Coca-Cola* espiritual.

A partir de ahí, el Santo Padre se volvió más discreto. Su presencia sigue siendo firme, constante, entrañable: no obstante, evita en la medida de lo posible los escenarios que terminan clavándolo en un póster únicamente visual. El Papa de ahora es más silencioso, incluso cuando habla, entrando por la puerta estrecha que también a los pontífices está destinada. El que esté atento

se dará cuenta de esta ruta de humildad que, gradualmente, se va construyendo, después del comienzo pirotécnico de su gobierno.

La verdad es que, en el escenario actual de Occidente, los últimos Papas destacan por su gran talla humana y política, que los distingue de la hilera de figurillas que gobiernan a muchos países de Europa. Es difícil, en política, no caer en ridículo cuando se está en un cargo público, pero en realidad no se tiene mucho poder. Esta es la situación en la que se encuentran bastantes responsables públicos occidentales: se les nota que no mandan lo que aparentan mandar. Y llega una hora en la que vemos los hilos económicos globalizados que tiran de ellos, transformándolos en marionetas previsibles.

Afortunadamente, esto no ocurre con los Papas: la comunidad católica, martirizada en algunos países, puesta en ridículo en otros, todavía siente que tiene su propio camino, aunque este sea una peregrinación plagada de dificultades. Vamos por los senderos de Dios, que siempre son estrechos, siempre son difíciles. Es maravilloso sentir que nuestros pasos todavía son nuestros. Logramos, pues, construir una singladura propia, que, sin embargo, se cruza con los rumbos del mundo. Y los Papas que nos han sido dados nos ayudan a recorrer esa vía: Francisco, en concreto, nos anima de un modo muy particular con su sonrisa y su actitud.



Notas

1. «Karol Wojtyła –elegido Papa en un rapto geoestratégico del Espíritu Santo– llegó a Roma con el fundado convencimiento de que a la URSS le quedaban pocos años de vida» (Enric Juliana, *Modesta España: Paisajes después de la austeridad*, Barcelona, RBA, 2012, p. 219).
2. Palabras de Ratzinger: «Después del gran Papa Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador de la viña del Señor» (*La Vanguardia*, 20-4-2005, p. 3).

3. Se trata de: *Jesús de Nazaret* (2007), *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección* (2011) y *La infancia de Jesús* (2012).
4. Nos referimos al célebre texto «Borges y yo», que se encuentra en *El hacedor*, una obra publicada por el escritor argentino en 1960.
5. Antoni Puigverd, «Una metáfora de Bernini», *La Vanguardia*, 12-3-2013, p. 9.
6. Palabras de Bergoglio: «Vosotros sabéis que el deber del cónclave era dar un obispo a Roma. Me parece que mis hermanos cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo. Pero estamos aquí» (*La Vanguardia*, 14-3-2013, p. 4).
7. Antonio Pelayo, «El huracán Francisco», *Vida Nueva*, del 24 al 30 de enero de 2015, n.º 2.926, pp. 8-15. Las referencias a la misa multitudinaria se encuentran en las páginas 13-15, en el apartado que se titula «La apoteosis final».
8. Véase el artículo de Antonio Pelayo: «Los nuevos cardenales llegan de la periferia», *Vida Nueva*, del 10 al 16 de enero de 2015, n.º 2.924, p. 36. En otro artículo, el mismo vaticanista afirma: «La lista de los 20 nuevos purpurados, elaborada exclusivamente por Francisco, es un acto de gobierno elocuente: refleja su apertura a las periferias del mundo y su voluntad de cambio gracias a las aportaciones de culturas y sensibilidades hasta ahora poco presentes en la Iglesia» (*Vida Nueva*, del 21 al 27 de febrero de 2015, n.º 2.930, p. 9).
9. Esta fantasía se encuentra en su conocida novela *La balsa de piedra*, una obra publicada en 1986.
10. Francisco, *Evangelii Gaudium*, capítulo I, apartado 24.
11. *Vida Nueva*, del 31 de enero al 6 de febrero del 2015, n.º 2.927, p. 9.
12. Antonio Pelayo, «El «puñetazo» y la libertad religiosa», *Vida Nueva*, del 24 al 30 de enero de 2015, n.º 2.926, p. 10.
13. La cita se encuentra en la sección primera de la mencionada epístola: empieza en el versículo 26 y acaba en el 29.
14. Esta primera exhortación apostólica del Papa Francisco se publicó en el año 2013. Como se puede ver en la nota 13, la citamos usando los capítulos y los apartados en que se divide.
15. Francisco, *Evangelii Gaudium*, capítulo IV, apartado 183.
16. *Op. cit.*, capítulo IV, apartado 198.
17. Antonio Pelayo, «La globalización condena a muchos a morir de hambre», *Vida Nueva*, del 17 al 23 de enero de 2015, n.º 2.925, p. 37.
18. Francisco, *Evangelii Gaudium*, capítulo IV, apartado 205.
19. San Juan, 18, 36.
20. Francisco, *Evangelii Gaudium*, capítulo IV, apartado 205.
21. Eusebio Val y Henrike Cymerman, «El coraje de la paz», *La Vanguardia*, 9-6-2014, pp. 3-4.
22. Se trató de la crisis provocada por la existencia de túneles entre la zona Palestina y la israelí. Durante varias semanas, hubo combates y bombardeos.
23. Se puede obtener esta información en: «Qué regalos intercambiaron Francisco y Barack Obama». Infobae. 27 mar 2014 [citado 25 mar 2015]. Disponible en: <http://www.infobae.com/2014/03/27/1553104-que-regalos-intercambiaron-francisco-y-barack-obama>.
24. *Vida Nueva*, del 28 de febrero al 6 de marzo de 2015, n.º 2.931, pp. 8-15.
25. Se puede comprobar esta información en: Calderón M. «Papa Francisco reitera: Quiero ir a Irak». Aciprensa. 30 nov 2014 [citado 27 mar 2015]. Disponible en: <https://www.aciprensa.com/noticias/papa-francisco-reitera-quiero-ir-a-irak-467371>.
26. Enric Juliana, «Los zapatos del Pescador», *La Vanguardia*, 24-3-2013, p. 6.
27. Se puede comprobar esta información en: «Papa convidou portuguesa para ser batizada no Vaticano». Agência Ecclesia. 24 feb 2015 [citado 27 mar 2015]. Disponible en: <http://www.agencia.ecclesia.pt/noticias/nacional/igreja-papa-convidou-portuguesa-para-ser-batizada-no-vaticano/>.
28. Fernando Dacosta, *Máscaras de Salazar*, Alfragide, Leya, 2012, p. 326.
29. Resulta frecuente el error de afirmar que Wojtyła pronunció esa frase desde el balcón central del Vaticano el mismo día de su elección (16-10-1978). En realidad, la célebre exclamación se encuentra en la homilía leída algunos días después en la misa de inicio de su pontificado (22-10-1978).
30. Esta información se encuentra en el libro de Slawomir Oder *Porqué es santo*. El autor fue el postulador de la causa de beatificación de Juan Pablo II.
31. Véase: «Benedicto XVI, el cardenal alemán que no quería ser Papa. ADN Político». CNN México.com. 12 feb 2013 [citado 26 mar 2015]. Disponible en: <http://www.adnpolitico.com/ciudadanos/2013/02/11/perfil-benedicto-xvi-el-aleman-que-no-queria-ser-papa>.
32. *La Vanguardia*, 28/29-3-2013, p. 6.
33. *La Vanguardia*, 14-3-2013, p. 3.
34. Véase: «Vaticano se divierte divulgando twitter con graffiti del papa-superman». Vanguardia.com. 28 ene 2014 [citado 26 mar 2015]. Disponible en: <http://www.vanguardia.com/actualidad/mundo/244070-vaticano-se-divierte-divulgando-twitter-con-graffiti-del-papa-superman>.